

pues en lo que toca á las costumbres, puesto voluntariamente un inconveniente, por necesidad se sigue otro, como dice Santo Tomás.¹

¡Qué dureza la de toda esta reflexión! ¿Y quién será capaz de leerla? ² Confieso lo primero; pero no está en mi mano suavizarla: prevengo lo segundo, y no me da pena, pues he cumplido con escribirla, lo que me creí obligación, cuyo desempeño intento únicamente. ¡Qué complacencia la de publicar la verdad y llenar cada uno sus deberes! No hay mayor recompensa para las tareas de los mortales.

1 Prim. Sec. q. 19 á 6 ad secundum.

2 Dusan est hic sermo, ¿et quis potest eum audisce? Joan c. 6, v. 61.

REFLEXION XVI.

Los daños del juego desvanecen cuantos pretextos se alegan para no apartarse de él.

Los perjuicios del juego, que ninguno de los tahures deja de conocer en el todo ó en parte, deberían fastidiarlos; pero su ciega pasión los precipita á buscar su ruina en él: semejantes á aquellas mariposas que no cesan de voltear al rededor de la llama, cuyos ardores experimentan perdiendo, ya una ala, ya un pie, sin escarmentar por eso, hasta que por último perecen. Para paliar tan viciosa inclinación, que nadie confiesa, se buscan pretextos que alegar para no dejar la profesión, los que es preciso combatir con los daños mismos que les origina.

La diversión es la primera rama

de que se agarran. Las ocupaciones serias, dicen, requieren algunos intervalos, las fuerzas del espíritu y del cuerpo necesitan para rehacerse de alguna recreación, y aun es virtud el buscarla. Pero ¿quién dijo que ésta no se encuentra en los juegos permitidos, y que son capaces de producirlos los excesivos, que en vez de recrear, perturban el reposo? No hallar gusto, si no se atraviesan gruesas cantidades, es señal clara de que no es la eutropelia quien dirige las acciones, sino la codicia, cuyo fomento se busca. Una apuesta moderada basta á llamar y mantener la atención en un tiempo regular, y la delectación en las tareas de la vida es, según Aristóteles, como la sal en los manjares, que un poco de ella es suficiente para sazonarlos.¹ Lo demás es romper el vicio los diques de la virtud, disfrazándose con su nom-

¹ Parum de delectatione sufficit ad vitam quasi pro condimento, sicut parum de sale sufficit in cibo. Apud Billuart, disert 6 de contract, art. 5, § 1.

bre, y es llamar diversión á la ruina misma.

Pero si el juego no se toma por ocupación, sino que se ejercita de cuando en cuando sin abandono de las propias obligaciones, y entre personas honradas, será sin duda un entretenimiento honesto, aunque medien crecidas cantidades, y á lo menos los juegos prohibidos, siendo moderada la apuesta, nadie podrá condenarlos á pecado, pues es materia que admite parvedad. Así se explican muchos jugadores, cuyo sentir no me parece conforme á la razón. En cuanto á lo primero, los juegos excesivos, aunque se ejerciten de tarde en tarde y con las precauciones insinuadas (sobre ser casi indefectible el enviciarse en ellos, porque la pérdida empeña en aspirar al desquite y la ganancia da valor y despierta la codicia), como causan, aunque de tarde en tarde los daños, que hemos expuesto, no pueden llamarse diversión. Las acciones malas (como el juego, aunque no sea sino por la nota de culpa mortal) no

dejan de serlo, por hacerse sólo de cuando en cuando.

Por lo que respecta á la parvedad de materia en los juegos prohibidos, se la admiten algunos teólogos, y no encuentro embarazo en aquellas personas timoratas, que muy raras veces lo ejecutan y están penetradas de los daños del juego; pero no creo debe entenderse generalmente en toda clase de personas. En las más es muy corriente el tránsito insensible de la apuesta moderada á la excesiva, no habiendo tatur que haya comenzado exponiendo cantidades gruesas. Innumerables sujetos arreglados é irreprehensibles, de este modo se han hecho jugadores, con admiración de los que antes los conocían. Sobre todo, en los que han tenido costumbre de jugar grueso, la más mínima cantidad que apuesten, es ocasión próxima de pasar á más; como para el goloso un plato lleno, aunque tenga intención de tomar sólo unos bocados, y para el borracho, una botella, aunque no intente sino un trago.

Destruído el pretexto de la diversión, que es el más especioso de cuantos se alegan, quedan arruinados los demás que no pasan de fruslerías. Quién dice que la necesidad lo precisa á jugar, porque no tiene otro modo de buscar el real: quién que es indispensable contemporizar con los amigos y otras personas de respeto, á cuyo obsequio no puede negarse; quién que huye de la nota de insociable y mezquino, con que se le degrada cuando rehusa el juego, y quién que lo consume la tristeza y no tiene otra cosa en que pasar el tiempo. ¿No merecen semejantes excusas, impugnarse seriamente?

Si todo el que juega pierde y se embaraza en las proporciones de buscar la vida, su misma necesidad debiera separarlo de la profesión, para cuyo fomento no bastan los más crecidos caudales. A más de que si no hace suyo lo que adquiere, su pobreza no puede excusarlo para jugar, como no lo excusa para saltar en los caminos, pues no hay más diferencia

entre uno y otro que el peligro y trabajo que se impende en lo segundo. Si el juego se opone á las amistades y trato civil, el mismo querer conservar los amigos y manifestarse socialmente, empeñan en no contemporizar en esta parte y huir las ocasiones arriesgadas á tan detestable obsequio. ¿Serán amigos verdaderos los que exigen un sacrificio tan costoso? ¿Y será mayor mal incurrir en el concepto de unos hombres corrompidos, la nota de miserable, que perder el honor que absolutamente quita el juego?

Ultimamente, si la tristeza se quita con la agitación de espíritu, con la amargura y con la perturbación de afectos, convengo en que el juego es su mejor remedio, y si alguno tiene tan sobrado el tiempo que desea perderlo, en nada puede disiparlo más. Pero decir que no hay otra cosa en que ocuparlo, es el mayor dislate. ¿Basta acaso la vida más larga para tantos delitos como cada uno tiene que expiar, tantas obligaciones que cumplir, tantas pasiones que sujetar?

Pero no quiero levantar el vuelo arriba de nuestros techos. Sin acordarme de la Religión, ni aún de las ocupaciones civiles correspondientes al estado y profesión de cada uno, descubro mil sendas en que entretener las horas dulcemente.

¡Qué mayor recreación, que la de un libro divertido, en que se transporta el alma á objetos muy diversos de los que nos rodean y transmigra por los países más distantes! ¡Qué inocentes delicias las de la música, que halaga al oído suavemente convirtiendo las horas en instantes! ¡Qué agradable espectáculo el de las arboledas, prados y florestas, en cuyos paseos se consume el tiempo sin sentir! Qué ratos tan sazonados los de la conversación con los amigos, que es el verdadero pábulo del espíritu! Y ya que haya de ser el juego la materia de la recreación, ¡cuántos no permiten las leyes, capaces de solazar sin dar en los escollos de los prohibidos! No busquemos el dulce en el acíbar, cuando hay tantas flores de que poder extraerlo.

REFLEXION XVII.

El juego es el vicio más dañoso.

Las acciones son vituperables á proporción del vicio que encierran, pues de esta voz se tomó aquella según S. Agustín.¹ No obstante cuando llegan á ser muy comunes en un pueblo, aunque retienen en sí toda su maldad, no aparecen con ella en el concepto de los hombres. Naciones enteras no ven como torpes el robo, el dolo, la crueldad y otros defectos, á cuya práctica se han acostumbrado. De este modo se ha dorado y aun canonizado el juego entre nosotros; á pesar de su apoteosis, cualquiera que se desprenda de la preocupación en que ha vivido, no podrá menos que confesar, es el vicio más nocivo.

1 Lib. 3 de Libero arb., cap. 14.

Si se mira por su oposición á las virtudes, pugna con la principal de todas que es la caridad.¹ Si se regula por los pecados capitales, es su esencia la codicia, que es uno de los mayores. Si se reflexiona en su género, por lo mismo que incluye á la codicia, debe numerarse entre los espirituales, que son más graves que los carnales.² Si se atiende á los preceptos que quebranta, se contraría á todos los quince de Dios y de la Iglesia, á unos inmediatamente por sí y á los demás por sus agregados.³ Si se busca su objeto, es la ruina del prójimo, cuya sola alegría se detesta en los proverbios.⁴ Si se consideran sus reatos, trae como el que más, el gravísimo de la restitución, y de una restitución muy difícil de hacer,⁵ sin faltarle las censuras de la Iglesia.⁶

1 Reflexión 15, § I.

2 D. Thom. Prim. Secundae, q. 73 á 5.

3 Reflex. 5.

4 Qui ruina letatur alterius, non erit impunitus, cap. 17, v. 5.

5 Reflex. 15, § 2.

6 Reflex. 5.

Si se inquieten sus sujetos, ocupa todas las potencias y sentidos, abstrayendo al hombre de todo: si sus requisitos, se ejercita en todos tiempos, es de todas las edades, y no distingue de personas, ni de sexos, cuando estas circunstancias en los demás son otras tantas exclusivas, que los limitan, declinando los más, y aun apagándose en la vejez: si sus proporciones, no le son obstáculos el pudor y vergüenza, como á los otros vicios, por el salvoconducto que le franquea su misma universalidad y la capa de virtud con que se presenta: y si sus efectos, daña á la república y á los particulares en todos sus bienes, cuando los otros pecados no acarrear sino un perjuicio parcial.

Pero lo que hay que admirar es, que no teniendo los vicios conexión alguna entre sí, antes bien contrariándose muchos,¹ sólo al juego ninguno se le opone; sino que á todos abriga.² Lo que hemos dicho desde

1 D. Thom. Prim. seconde, q. 73 á 1.

2 Reflex. 5.

el principio que todos le ceden, no excluye su fomento, sino que explica su primacía. Aunque todos nacen de él, de tal manera descuella entre ellos, que se deslucen en su presencia: así como á la vista del sol se opacan los demás planetas, no obstante que comunica la luz á todos.

¿Y habrá todavía que añadir á lo dicho? Sí, y á mi entender lo más funesto, que es el vicio más incurable, al mismo paso, que el más contagioso. De la prueba de uno y otro, me releva la experiencia, y se ofrece luego á cualquiera la razón de lo primero. La ganancia da atrevimiento, y no acobarda la pérdida por la falsa esperanza del desquite; y así los mismos lances del juego, sean prósperos ó adversos, empeñan más y más en su prosecución. Para lo segundo son sobradas razones las que ya hemos expuesto, de equivocarse este vicio con la virtud, lo que le facilita sus progresos, y de estar más precisados sus profesores que los de otras pasiones en seducir á los demás, porque

el mismo ejercicio requiere muchos socios. Pero hay todavía otra razón más fuerte y poderosa.

El mecanismo moral con que las pasiones de los unos inficionan á los otros, consiste, según Feijóo,¹ en el directo incitativo del mal ejemplo y en la remoción del prohibente que es el pudor, porque él en todos es un freno que los reprime y que se quita enteramente, cuando ven reinar entre aquellos con quienes viven, el vicio á que se inclinan. Estos principios en ninguna pasión obran tanto como en el juego. En las demás es más fácil practicarlas en secreto y mantenerlas ocultas; pero es imposible en el juego, que necesariamente requiere publicidad y multitud de compañeros que, sin poderles tapar la boca, difunden luego la noticia.

Por esta razón jamás puede ocultar esta profesión el padre á los hijos, el marido á la mujer, el amo á los criados, el superior á los súbditos ni in-

¹ Tom. 5. Cart. 5, núm. 7.

dividuo alguno á sus conciudadanos. De ahí es que se propague tanto su contagio y que lo veamos ya, no sin lágrimas de los buenos, tan extendido, que ha envuelto á personas de todas clases y que no hay concurrencia que no se reduzca á él. Si es un banquete ó refresco, la sobremesa es el juego: si es un baile, ha de haber junto á la sala de la música una pieza destinada para él: si es una tertulia, él ha de ser la ocupación, y si se obsequia á un personaje ó se hace una función, aunque sea de iglesia, con él se solemniza forzosamente. No admiro sean tantos y tan repetidos sus estragos.

Los tengo á vuelta de mil reflexiones, grabados en lo más profundo de mi corazón. Este he abierto de par en par en el presente discurso. Si alguno fijare en él la vista, aun más que de la tosquedad de mis pinceles, se desagradará del monstruo delineado. ¡Infeliz del que no saque un horror provechoso de tan disforme pintura!